

RENOVACIÓN SOCIAL

Oviedo: 1.º de Agosto de 1926

Oficinas: Marqués de Santa Cruz, 5

Cuestiones sociales

La Iglesia ante la miseria de las masas trabajadoras

II

Origen de la creencia en las masas populares de que la Iglesia considera natural su estado de miseria

(Conclusión)

IV.—*La cuestión obrera no es cuestión puramente de orden moral.*—A lo dicho podemos agregar que la cuestión social no es una cuestión de orden puramente moral. La reacción siempre es peligrosa y suele llevar al otro extremo de lo que se combate, donde se hallará también la falsedad: este es el eterno movimiento pendular de la humanidad, cuando no se deja conducir por las sabias direcciones que brotan de las luminosas direcciones de la Iglesia. No suele la verdad hallarse en ninguno de los extremos. Para combatir, pues, a los muchos ilusionados, en su inmensa mayoría procedentes del campo socialista o a él afiliados, que defienden ser la cuestión social una cuestión de orden puramente económico, consecuencia lógica del materialismo histórico del Patriarca del socialismo, Carlos Marx, no es menester ir al extremo de afirmar ser toda ella una cuestión de orden puramente moral. Que si así fuese, «no padecerían, al decir de León XIII, una miseria *inmerecida* los obreros, que se asemeja a una especie de esclavitud». Aun cuando los obreros

estuviesen impregnados en las máximas del Evangelio; aun cuando corriese por sus venas el influjo pacificador del Evangelio; aun cuando, oprimidos, explotados y esclavizados, callasen, se resignasen, *con eso sólo*, no se conseguiría la solución de la cuestión social; a no ser que por cuestión social se entendiese lo que algunos defensores del individualismo de sabor liberal o defienden o tienen arraigado y obrando subconscientemente en su conciencia, *la desaparición de la lucha de clases*, el aserenarse del cielo social preñado de tempestades y de tormentas, con las cuales el proletariado amenaza a los capitalistas y patronos. No desaparecería con ello la *injusticia social*, ni dejarían con ello de ser los obreros víctimas de la usura feroz, de la explotación inicua, del tráfico inhumano del trabajo. Dígase como se quiera: dígase con el eminente sociólogo Dr. Hitze, que la cuestión obrera es esencialmente de orden económico, aunque tiene su solución condicionada al orden moral, de tal suerte que es inútil toda tentativa de solución, mientras perdure el presente estado de inmoralidad, sobre todo en lo que se refiere a la orientación de la humanidad hacia su destino verdadero y esencial; dígase con la mayor parte de los sociólogos, que la cuestión social contiene un doble elemento esencial, uno de orden moral, de orden económico el otro; siempre hemos de confesar y repetir con el Cardenal Guisasola en su incomparable Pastoral *Justicia y Cari-*

dad: «La Iglesia, ante esas escuelas, que plantean la cuestión como un problema de mecánica social, que no han de ver nunca equilibradas sus fuerzas, porque nunca tuvieron justo medio la pasión y ambiciones humanas, *plantea una cuestión de justicia*, de la que se han desatendido hasta ahora el socialismo y capitalismo, y una cuestión de caridad y amor: ambas presuponen el valor moral y jurídico del hombre, el justo aprecio de la vida presente y la afirmación de la futura, y para resolver con acierto, la Iglesia ha examinado la actual organización del trabajo, el ejercicio del derecho de propiedad, los defectos que ambos padecen y el remedio, que debe aplicarse con urgencia.»

Cuando todos, amos y obreros, sean todos cristianos prácticos, ciertamente entonces habrá desaparecido la cuestión social; porque entonces habrá (mejor diría *habría* pues es solución larga y tal vez imposible) desaparecido como consecuencia necesaria, *la cuestión social*, en lo que tiene de económico, como quitada la raíz desaparece el árbol y quitada la causa deja de subsistir el efecto. Pobres los habrá siempre, pero miseria no la debe haber siempre, ni el Creador lo quiere; y hemos de combatir para hacerla desaparecer, no predicando únicamente paciencia a los obreros, sino además procurando la solución, según la justicia y caridad cristiana, de los problemas de orden económico, base para la resolución de los de orden moral.

V.—*El ambiente social*.—Para esto es menester desarraigar de las masas obreras la persuasión perniciosa de que la Iglesia no se interesa por su mejoramiento económico; es menester que creemos un ambiente social, favorable a la Iglesia, para contrarrestar el empuje vigoroso de los sectores adversos o de los que inconscientemente se alian con ellos. Es menester que desaparezca ese ambiente asfixiante en que se agitan las masas, ambiente que imposibi-

lita toda acción bienhechora de la Iglesia. Los obreros no son malos, no. Les han engañado. Les han dicho de tantas maneras, por tantos medios, que la Iglesia solo cuida de los ricos, que la religión es el opio del pueblo, que los sacerdotes para nada cuidan del pueblo; han visto, por desgracia, algunos ejemplos de gente, que se dice buena y no practica; han podido leer ciertos escritos, que sabían tal vez a esto, aun cuando no fuera ello la intención del firmante; y naturalmente esto ha producido la natural reacción contra una doctrina, que ellos habían tenido siempre por amiga del pueblo, y que como tal es predicada y propagada. De aquí su odio a la religión, a los sacerdotes; odio, que se ha ido acrecentando a medida que se han desencadenado las pasiones; las cuales al verse libres, sin el freno de la moral, han producido de rechazo más y más odio a la Iglesia, a la que consideran como farsante, y que solo sabe poner freno a los tontos, a los pobres, mientras suelta la rienda a los ricos y poderosos. Hemos de ir al pueblo, según el encargo mil veces repetido de los Papas, para formar ambiente, para rectificar ideas, para hacer que se convenzan de que la Iglesia es la única que quiere, sabe y puede satisfacer sus deseos legítimos en la medida que es posible en este lugar de paso y de prueba. Mientras no formemos ese ambiente, nuestro apostolado entre las masas proletarias será infructuoso o por lo menos rendirá muy poco. Sólo cuando se convenzan de que estamos persuadidos de sus penalidades, que estamos dispuestos de corazón a poner en juego toda nuestra actividad para remediar su estado de miseria y opresión, que consideramos injusto; que somos mensajeros de aquel Dios, que tenía por predilectos a los pobres y a los humildes; que nuestras obras den testimonio de nuestra predicación y propaganda; solo entonces podrá fructificar nuestra acción social

en el seno del proletariado; solo entonces podrán los principios sociales del Evangelio informar esa masa corrompida casi ya, sin fe, sin esperanza, sin amor. Creemos un ambiente favorable a nuestra Madre y veremos cómo germina nuestra actuación social, que hoy parece impotente para vivificar esos huesos sin vida.

VI.—*Lo que hay que hacer.* — En primer lugar propagar mucho, muchísimo las verdaderas ideas, evitando todo lo que de alguna manera pudiera significar apoyo a los derechos de unos con descuido de los de los otros. Para esto tenemos las normas definidas, los principios orientadores en la gran Encíclica, un poco olvidada por algunos, que subconscientemente van cediendo a cierta reacción individualista del todo anticristiana, abandonando lo que es nuestro, propio de la Iglesia, para el enemigo, que al señuelo de las mejoras de nuestras doctrinas, arrastran a nuestro pueblo. *Es menester decir claro* y sin rodeos, que muchas de las reivindicaciones de las masas trabajadoras son justas, legítimas, que se deben apoyar por todos cuantos se digan y quieran de hecho ser amigos de los pobres. No es socialismo apoyarlas, defenderlas; pues ellas no son herencia de los agitadores, sino patrimonio de la Iglesia, ya que fluyen espontáneamente de sus principios, de su Evangelio. El temor de salir por ellos es pueril; el no ver su legitimidad es o ceguera de espíritu, fruto de prejuicios o pasión de escuela o terquedad de corazón o resultado de un aislamiento inexplicable en todos cuantos quieran pasar por dogmatizantes en materias sociales o restauradores del orden perturbado en la sociedad. *Es menester decir claro* que el derecho de propiedad es sagrado, sí, que es base del orden y de la armonía social, pero debemos añadir, que este derecho lleva también inherente una función social, exigida por el destino primordial de los

bienes terrestres, por el estado conatural de sociabilidad del hombre, y sobre todo en virtud de la fraternidad cristiana que es el espíritu, que vivifica los miembros de la Iglesia. No puede, no, desinteresarse, el que posee, de sus hermanos, que están en la miseria; no puede considerar los bienes, como únicamente dados para satisfacción de los propios caprichos. Por eso decía muy bien el Congreso reunido en Roma, cuyas conclusiones fueron aprobadas por León XIII: «Al carácter esencialmente individual y privado que reviste la propiedad, hay que añadir otros caracteres y una organización que pueda desarrollar en ella la *función social colectiva*». «Es menester, pues, despertar por todas partes la conciencia del deber moral cristiano, en virtud del cual el aprovechamiento de la propiedad privada, una vez que haya satisfecho las necesidades (claro está que al decir *«necesidades»*, se debe tomar en el sentido amplio con que suelen hablar aun los moralistas que más urgen la limosna y los sociólogos que más urgen la función social que lleva inherente la propiedad) de los propietarios, debe ser consagrado al procomún, especialmente en bien de los pobres y desheredados». *Es menester decir claro*, que ni el trabajador es una mera máquina, que no tiene más valor que el rendimiento, ni el trabajo una mercancía. Que hay que revisar las relaciones entre el capital y el trabajo para ver a la luz de la razón, iluminada por la fe, «si es equitativo, si es prudente, si es útil para los intereses de la sociedad, (son palabras del Cardenal Guisasola), que el capital se atribuya todo el sobrevalor que tenga un producto, deducidos los costes del salario justo y algún otro gasto posible en la producción; mucho más, cuando aquel (el salario) apenas llena las exigencias de la estricta justicia, formándose rápidamente este abuso del capital, que se llama *capitalismo*, que la Iglesia con-

dena y reprueba con la mayor severidad». Debe por lo menos en todo caso el salario ser familiar, tal como lo defienden todos los sociólogos y la inmensa mayoría de filósofos y moralistas. Mas aún, que la legislación, que las asociaciones... atiendan a las familias numerosas, de tal suerte, que puedan todas llevar una vida decente y digna de un ser racional. Esta es la base de toda edificación social, que pretenda llevarse a cabo entre los pobres obreros. *Hemos de decir claro*, que optamos y trabajamos por una legislación enérgica y prudente que tienda a desarraigar los abusos de los patronos, que defienda el trabajo de la mujer y de los niños en las fábricas, en los comercios, en los despachos, en los servicios domésticos, en el trabajo a domicilio, y que lo limite según la edad y condiciones; que castigue a los corruptores y explotadores, que favorezca toda organización en lo que se refiere a seguros, cajas de pensiones, retiros, etc. Que se convenzan los obreros de que los católicos, que la Iglesia procura una intervención en su favor, y desaparezca la impresión de que los gobiernos solo son la pantalla detrás de la cual actúan los patronos, los acaudalados, los banqueros. *Hemos de decir claro*, que el derecho de asociación es el derecho natural dentro de las limitaciones, que imponen la ley natural, la positiva y el bien común: que los sacerdotes, que la Iglesia ve con buenos ojos, que aplaude, que protege estas asociaciones o sindicatos, que los cree necesarios, urgentes para que puedan defender sus legítimos derechos. En una palabra, hacer ver que sus justas reivindicaciones son atendidas, comprendidas, defendidas; así se creará el nuevo ambiente, que será un factor de la mayor importancia para lo que es sin duda la finalidad predominante de toda acción social católica: orientar hacia la verdadera vida esas víctimas de infames agitadores, que

albergan en su entendimiento absurdos errores acerca de las verdades más fundamentales y en alas de una demagogia que no se detiene ante las mayores violencias, niegan toda jerarquía, toda distinción, que han de subsistir aún en las más extremas democracias. Pero sobre todo es menester *obrar*.

VII.—*Obrar y obrar mucho*. — No basta que prediquemos, es menester obrar y obrar mucho. No basta que propaguemos, que digamos al pueblo que la Iglesia, que los sacerdotes se interesan por ellos, que consideramos injusto el estado de miseria en que se hallan la inmensa mayoría de los proletarios: porque si a esta propaganda y difusión de la doctrina verdadera no acompaña una actuación seria, enérgica, declarada, constante, sacrificada, en favor de la realización de aquellos principios, claro está que nuestra propaganda no tendrá ningún fruto o si tiene alguno, será sin duda insuficiente para crear aquel ambiente favorable a la Iglesia, condición indispensable para asentar una verdadera paz y atraer hacia nosotros las masas del pueblo. Pan y catecismo, doctrina y obras sociales: propaganda y acción católica social: hablar y obrar, ese es *el único camino* de desarraigar las preocupaciones de esa inmensa muchedumbre de proletarios, que andan como ovejas sin pastor o lo que es peor son conducidos por mercenarios, que los explotan temporalmente, los descristianizan y los vuelven refractarios a toda iniciación restauradora. Las masas proletarias hoy se mueven por tres ardientes estímulos: el de una *ascensión social* pues se han dado cuenta de su valer y sobre todo de su fuerza social: el de un *fondo de odio* a todo lo que es capital y de rechazo a todo lo que es o suponen con él aliado, el Estado y la Iglesia: el de un *fanatismo doctrinal*, sedimento profundo y apretado de una infinidad de errores, que por muchos años se han ido acumulando en su

seno. Todo ello mezclado, confuso, revuelto, agitado: campo el más apto para el desarrollo de todo germen revolucionario; combustible preparado para hacer arder el mundo, el día que, Dios no permita, una chispa comience la obra de destrucción.

VIII.— *Abramos los ojos.* — Entre tanto en el campo católico, a pesar de la instancia de los Papas, a pesar de las convulsiones, que acá y allá anuncian una tempestad preñada de odios y venganzas, instrumento tal vez de Dios para castigar el egoísmo desenfrenado y la avaricia de los poseedores de los bienes de la tierra y el consiguiente apartamiento de Dios con el natural desbordamiento de las pasiones sobre todo de la lujuria; sólo alborea en algunos espíritus, pocos sin duda, pero intrépidos e infatigables, acusados de socialistas por ser mal comprendidos, un ideal de abnegación y un sentimiento del cumplimiento de un deber urgente, sagrado, eminentemente social. A la inmensa mayoría, sin embargo, la visión de la humanidad futura, que invade el campo social a pasos agigantados, ni el entusiasmo ardiente por una pronta mejora de las clases proletarias, que puede ser en estos momentos de agitación, salvadora, decisiva; ni las exhortaciones repetidas de la Santa Sede de ir al pueblo; nada es capaz de arrancarles de su inercia, ni el entusiasmo va más allá de unas cuartillas, en las que a fuerza de razonar se combate algunas veces el error deprimiendo y oscureciendo la verdad, se confunde lo justo con lo injusto, lo heteroxo con lo que está perfectamente encuadrado en las enseñanzas de la Iglesia, sobre todo en la gran carta de León XIII a los pueblos en favor de las masas. Así se da la sensación a los obreros, que no hay tiempo, ni gusto, ni voluntad firme ni amor suficiente para su mejora económica, sino solo para que los favorecidos de la fortuna puedan mantener su posición y gozar con tranquilidad

de sus posesiones. La fuerza del socialismo es enorme, ni es prudente combatirlo «*con flores de trapo*» según frase del Sr. Pérez Bueno. Su fuerza radica precisamente en que defiende o aparenta defender los derechos inherentes a la personalidad humana, desconocidos hasta ahora *de hecho* por los parlamentos y por ese inmenso sector de la sociología, víctimas de un abstraccionismo jurídico. ¿Que hemos de hacer? *Abrir los ojos.* Frente al concepto de propiedad para satisfacción de puros caprichos personales, de egoísmos, de vanas ostentaciones, de vergonzosas pasiones, oponer un derecho de propiedad que lleve inherente una función social, reclamada por el derecho natural, exigida por el bien común, urgida por la avalancha socialista, que no están a la puerta del viejo continente, sino que están dentro de las naciones, de los gobiernos, en el alma del pueblo; frente al capitalismo como eje de la economía, la convicción, de que sino se ha cambiado del todo el plano, ha de sumarse a él el trabajo; frente al contrato individual del trabajo, que unas veces significa la tiranía del patrono y otras la desnaturalización de la dignidad personal del obrero, rehusar toda concepción que suene a mercancía y libre contrato, a opresión y libertad desenfrenada; frente a la disgregación de los elementos obreros, defender el respeto y el estímulo a la sindicación; frente a la inercia así espiritual, como de actividad social, oponer una enérgica campaña de vulgarización de principios sociales católicos, de obras sociales. La resolución no la traerán ni la podrán traer, ni la espada de los príncipes, ni la fuerza de los ejércitos, ni el fallo de las academias, ni la templanza o ira de los de arriba y de los de abajo; con ello solo se cura la orgía de momento, un día de motín, un estado transitorio de revuelta o de insubordinación; la solución la debe traer la *inyección del es-*

píritu sobrenatural en esa humanidad perdida en un mar de cavilaciones, de odios, de egoismos; *la infiltración de la savia evangélica* en esas masas, apartadas de Cristo; el día, en que estas, depuestos los prejuicios que les inducen a creer que la Iglesia no siente su miseria, no cuida de su mejora temporal, se acerquen a Cristo, se pongan en contacto con la vitalidad infalible e indeficiente de la Iglesia y de sus dogmas, solo entonces, moviéndose el mundo alrededor de los dos polos, que les ha prefijado el Señor, la justicia y la caridad, será una verdad aquel cablegrama, que según frase del Sr. Bilbao, cruzó el primero los dos grandes continentes, las dos grandes patrias: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.»

PEDRO RIERA S. J.

Profesor de Sociología del Colegio
Máximo de S. Ignacio, Sarriá

Barcelona.

EL COMUNISMO EN ESPAÑA

Intervención del comunismo de Rusia en nuestro problema de Marruecos y en nuestro problema catalán.

La guerra de Marruecos

Uno de los problemas que España tiene planteados, quizá el más importante de todos, el de la guerra de Marruecos, es también uno de los factores de la «realidad objetiva revolucionaria» de nuestro país, por crear un núcleo de opinión desfavorable a la campaña, y por herir el aspecto sentimental de la familia de aquel que, lejos del hogar, lucha en tierra africana, campo abonado para la propaganda comunista, que halagando los sentimientos de repulsión a la guerra, que se forma en la familia del soldado, siembra su semilla; y juntamente con las ideas contrarias al milita-

rismo, van otras consideradas como secundarias entonces, aunque constituyen el nervio de la actuación del Partido.

La guerra de Marruecos interesó, no solamente al comunismo nacional, por defender uno de los principios del proletariado revolucionario, que reconoce como origen las palabras de Marx en el manifiesto comunista: «Los obreros no tienen patria»; sino que atrajo también la atención de la «Komintern», como medio de mantener la agitación y las anormalidades que la guerra trae consigo en los períodos de agudización. Vamos a estudiar primero este aspecto del problema, el más interesante, sin género alguno de dudas.

La intervención de la III Internacional en Marruecos obedecía a una doble actuación, aunque claro está que en el fondo, no pasa de ser una la intención; a saber: la difusión y propaganda del comunismo. La doble actuación se refiere a la agudización de dos problemas: la debilitación de España por la guerra, obligándola a desatender su reconstrucción económica y fomentar de ese modo el descontento del proletariado; y aprovechar por otra parte la situación propicia a la revolución dominante en Marruecos que participa del movimiento general de los países musulmanes, que se aprestan a la lucha contra los opresores europeos.

Fué en el V Congreso de la III Internacional (Moscú 1924) cuando se decidió enfocar la propaganda al Norte de Africa; para ello púsose el Ejecutivo de la Internacional en relación con Abd-el-Krim, encargando de este asunto a M. Treint, y subvencionando la campaña con 1.500.000 rublos, formándose sub-comités, uno de los cuales había de servir de nexo entre Moscú y el jefe rifeño; no obstante, para salvar las dificultades que la distancia originaba, se constituyó un comité en Lisboa, en realidad centro de la actuación africana; formaban parte de él un ruso, un judío español de Salónica y un comunista

español que se distinguió en la actuación de los Sindicatos Rojos de Barcelona; desde la capital portuguesa se proveía a los rifeños de víveres y municiones (1); más tarde la embajada de rifeños fué recibida favorablemente en Moscú, regresando a Marruecos en Noviembre (1924) con la delegación rifeña el teniente aviador Constantino Bogorotsky, y el coronel artillero Sergio Kuguchew. (2)

Por otra parte Rusia deseaba que Abd-el-Krim no aceptara las condiciones de paz de las potencias aliadas (Francia y España), al menos conjuntamente, y solamente en un último caso, alternativamente, que traerían como consecuencia la tirantez de relaciones entre los gabinetes de Madrid y París, añadiéndose que la intervención rusa no sería necesaria en Marruecos, tan interesante para los soviets, como lo prueban las siguientes palabras de Zinovieff: «Nuestra mejor propaganda es el empleo de las armas, y los delegados enviados al Africa del Norte deben estar convencidos de que la victoria no podrá obtenerse de otra manera.» (3)

Desde los primeros tiempos del comunismo, aun antes de la fusión de ambos partidos, tanto el P. C. E. (Partido Comunista Español) como el P. C. O. (Partido Comunista Obrero) desarrollaron una acción contra la guerra de Marruecos, ya desde las columnas de sus órganos de prensa, ya desde la tribuna en mitines y conferencias. En Julio de 1921, pocos días antes del desastre de Annual, la *Guerra Social* en un artículo de editorial que titulaba «La Aventura de Marruecos, nosotros con los moros» decía: «frente a la acción de España en Marruecos, nosotros invocamos el derecho del pueblo moro a disponer de

si mismo, que es el único derecho que puede alegarse honradamente». Y análogos al presente documento podríamos presentar aquí multitud de ellos, que no hacemos por estimarlo completamente inútil. Valga el anterior como muestra.

Después de Annual, el Partido Comunista (o, mejor dicho, los partidos comunistas) quisieron reaccionar contra el sentir general de la ofensiva, solicitaron la ayuda de la Unión General de Trabajadores, aunque el partido socialista se abstuvo de toda colaboración en este sentido; en vista de ello los comunistas realizaron una labor de agitación como protesta, siendo la huelga general de Bilbao el jalón de esta actuación que más atrajo la atención de las gentes.

En el Congreso en que se llevó a cabo la fusión de ambos núcleos comunistas se dijo: «la guerra de Marruecos es preciso que concluya, cueste lo que cueste», aunque el comunismo tenía escasísimas fuerzas para conseguir lo que con tanto empeño deseaba conseguir. Sin embargo, en 1923 (antes de Septiembre) época la más brillante del comunismo en España, su actuación en este respecto llegó a más que a simples consignas lanzadas en los periódicos, repartiéndose entre los soldados hojas volantes contra la guerra; verosímilmente fué ésta la causa del movimiento que tuvo lugar en Málaga donde un grupo de expedicionarios se negó a embarcar para Melilla.

Entonces no vacilaron los comunistas en dirigirse a las madres, a las esposas, a las hermanas de los soldados, haciendo en ellas vibrar los sentimientos del hogar y la familia, tan menospreciados por ellos siempre; acaso por eso, por la rotunda negativa del partido a ir a la guerra, ganose la voluntad de no pocos proletarios, porque en esto los comunistas no admitían términos medios, y de haberse podido continuar esta actitud, el proletariado por odio a la guerra se hubiera acogido al antimilitarismo del partido comunista.

(1) Boletín de la Entente núm. 1, Noviembre de 1925.

(2) Boletín de la Entente. Enero 1926.

(3) Boletín de la Entente. Noviembre 1925.

La acción directa en el ejército, que requiere, para no producir efectos contrarios, un ambiente general revolucionario en las masas, que en España no existe, fué débil, ahogándose por las medidas enérgicas del Gobierno los resultados de aquella, pues, de no haber sido así, hubiera cundido el espíritu de rebeldía, y animados por el éxito, o continuarían con la táctica de tales movimientos, o, destrozada la disciplina, la actuación sería secreta por las «centurias» de combate.

Eficaces fueron así mismo los mitines organizados casi a diario (en Madrid, Palma, Crevillente, etc. etc.) tomando mayor importancia los acuerdos adoptados en Pontevedra, en donde llegase a formar un Comité de acción integrado por representaciones de la Agrupación Comunista, Federación Municipal Agraria y Agrupación Socialista.

En la actualidad, aunque la lucha por el abandono de Marruecos, juntamente con el reconocimiento de la República del Riff, constituyen, con el frente único, la reorganización del partido a base de las células de fábrica, lucha contra el paro forzoso y de la dictadura gubernativa, las tareas inmediatas del partido y la posición del gobierno, hacen imposible hoy por hoy la realización de tales tareas.

El problema catalán

Con los mismos fines que la «Komintern» ha intervenido en Marruecos, ha fomentado en los emigrados las ansias separatistas del Principado; para explotar esta circunstancia que les brinda el separatista catalán, juntamente con las ventajas que existen en Barcelona para una actuación obrera, deseaba el Ejecutivo el traslado de la central española comunista a esta capital. Por otra parte, no en vano se ha distinguido el proletariado catalán en las luchas sociales y además hay que añadir a las circunstancias favorables que reúne la ciudad condal, una no menos apreciable, cual es

la de ser un puerto abierto donde la vigilancia gubernativa se hace más difícil. Ejemplo de su actuación fué el atentado al tren real, en la primavera pasada, y esto no debe extrañar, pues consta documentalmente que el atentado de la Catedral de Sofía (Bulgaria) fué preparado y ejecutado por los agentes y partidarios de la «Komintern». (1)

Ricardo Martorell Tellez Girón

INJUSTICIAS SOCIALES

De como aprendi de una vez y para siempre lo injustos que somos con las victimas del trabajo.

Por razón de mi profesión he leído cien veces las disquisiciones jurídicas en torno de los accidentes del trabajo.

Vi otras tantas los preceptos legales; aprendi su casuismo; pero lo que me faltaba era sentir su injusticia; pues la injusticia—como todo—no basta pensarla; esto de pensar en ella es poco; es menester ¡sentirla!

Un día, hace poco tiempo, pasaba yo por una calle solitaria de la ciudad; un gran ruido me detiene y una siniestra nube de polvo me queda ciego; a cincuenta pasos de mi, entre un montón de escombros veo unos brazos que se levantan pidiendo auxilio, me acerco, y sostengo la cabeza de un pobre muchacho que acababa de caer del alero desplomado de la casa próxima; vecinas que se asoman y que gritan, otro hombre que por allí pasa y que se une a nosotros y entre él y yo, levantamos a la víctima que colocada en una silla conducimos, hasta que otros que hallamos vinieron a relevarnos.

Durante este tiempo agoté el repertorio de los consuelos para aquel pobre muchacho que se sentía morir.

(1) Información de la Entente. Noviembre 1925, y en su Boletín, Enero de 1926.

No es nada... ya verás —le decía— el peligro pasó; y él sin hacer caso a mis palabras, sin mirarme, recordaba a los suyos entre los quejidos profundos de los prodromos de la muerte.

Dejamos a aquel muchacho en el hospital, volví a verle a los dos días y él seguía atormentado con la idea de los suyos, con la posible miseria de los suyos...

¡Triste condición de los pobres que todos los dolores de la vida los reducen al denominador común del problema económico!

Los hombres que tienen más o menos, encasillan sus dolores en diversos grupos; para los que no tienen, solo hay uno; la miseria, el hambre, que también mata y a veces prostituye.

Este muchacho sabía—sin duda—que existía una ley que le protegía (!); pero sin saberlo, sentía ¡oh elocuencia del sentimiento! que esa ley servía para muy poco. ¿Qué representa el jornal de un año, de dos? nada; absolutamente nada, y más si tienen los suyos que sostener una contienda para cobrarlo.

Bien está, que ese primer choque económico del accidente, le soporte el patrono para quien trabaja... a este, no se le puede pedir más y, acaso lo que se le pide, exceda en algo. Más la desaparición del que

trabaja tiene una transcendencia mayor que la representada por unos meses de jornal, porque también su trabajo llegó a todos; el trabajo, no para un patrono, individualizado, sino para el patrono colectivo representado por la sociedad, y no solo la presente, sino la futura.

Siendo como es así, la reparación encasillada y limitada tiene que ser injusta. La sociedad no puede borrar en un momento la transcendencia económica del trabajador que desaparece o se inutiliza por causa del trabajo. Si él creó una familia, confiando en las posibilidades de su esfuerzo económico, estas posibilidades, hay que darlas por actuales, en el momento que en el combate del trabajo sucumbe, del mismo modo que se da por presentes a los que mueren defendiendo a la Patria.

El riesgo debe de cubrirle la sociedad entera, y por todo el tiempo que fuere necesario y dentro de los límites que reclame la justicia.

Y no hablemos de que es caro, ¡más cara es siempre la expiación!

El recuerdo del peso de su desplomado cuerpo, las manchas que dejó en mi traje y la impresión de su gesto de dolor moral, me enseñaron más sobre la justicia de su causa que mil libros...

Alvaro Olea Pimentel

Valladolid, Julio de 1926.

Movimiento religioso

ASAMBLEA MARIANA EN COVADONGA

Resuenan aún los entusiastas aplausos con que en todas partes fué coronado el éxito felicísimo de la gran Semana Social dedicada al estudio y defensa de la familia cristiana, que por iniciativa y

bajo los auspicios del sabio y celoso Obispo de Oviedo, Dr. Luis Pérez, se celebró últimamente en la capital de Asturias, y he aquí que ya el insigne e incansable Pastor planea y encauza y pone en vías de acertadísima ejecución otro acontecimiento de indiscutible tras-

endencia: una gran Asamblea mariana que se celebrará en Covadonga y estará dedicada especialísimamente a estudiar y a solicitar la definición dogmática de la Asunción y de la Mediación Universal de la Virgen Santísima.

En Septiembre próximo se cumplen los primeros veinticinco años de la consagración solemne de la Basílica de Covadonga por el inolvidable Prelado Martínez Vigil, que la construyera sobre los ciclópeos cimientos asentados por el genial autor del proyecto, también Obispo de Oviedo y después Cardinal Sanz y Forés; y para festejar las Bodas de Plata de su amadísima Iglesia el ilustre y entusiasta Cabildo Colegial propuso al actual prelado un interesante programa, en el que figuraba un sentido homenaje a los dos citados Obispos ovetenses, benefactores insignes del célebre Santuario.

Tal programa que se divulgará oportunamente, fué aprobado por el Sr. Luis Pérez, que lo completó incluyendo la celebración de esta Asamblea mariana, que el piadosísimo Prelado anuncia con encendidas y conmovedoras palabras en una Alocución pastoral, que no es posible leer sin honda emoción y que hace augurar, para la simpática proyectada empresa, un resultado fecundísimo, garantizado por lo demás, en cuanto ello es posible y contando siempre con el divino auxilio, por la intervención activa de las personalidades más autorizadas y especializadas en el estudio y penetración de las dos grandes verdades referentes a la Santísima Virgen que van a ser el objeto principal de la Asamblea.

De esas dos fecundas verdades, dice el celoso Pastor, la Asunción en cuerpo y alma a los cielos y su Mediación Universal, «ésta ocupará la mayor atención de la Asamblea, porque la Asunción es verdad sumamente sencilla, mientras la Mediación es de una gran complejidad por la influencia directa, actual y universal que atribuye a la Virgen en todo el

orden sobrenatural y en la economía de la gracia. Se roza, por consiguiente, con las más profundas verdades de la Teología, y debe ponerse el mayor empeño en la claridad de los conceptos, en la precisión de los términos, en la pureza, elevación y rectitud de los sentimientos con que debe ser acogida por las almas devotas y enamoradas de la Virgen».

Pero no hay que amilanarse por eso; arduos y difíciles son otros muchos misterios que ya se presentan al entendimiento de los fieles, aún de los más rudos e ignorantes, en una forma sencilla y profunda a la vez. «Lo mismo sucederá, escribe el Obispo de Oviedo, así lo esperamos, con la verdad teológicamente cierta de la Mediación Universal. La noble y ardua tarea de desentrañarla, de relacionarla con el armónico conjunto de la Revelación, y por lo tanto de buscarla y encontrarla en su misma fuente, la palabra de Dios escrita o transmitida por la maravillosa cadena de la Tradición, pertenece a los teólogos, sistematizadores del universal e infalible Magisterio de la Iglesia, confiado por Dios al Papa y a los Obispos, y en nuestra Asamblea a esos insignes varones, tan grandes por su piedad como por su ciencia demostrada en cien trabajos, que son ornamento de la Teología mariana, a los que podemos considerar como felices continuadores de la pléyade de teólogos españoles que en Trento admiraron al mundo».

Ni se vaya a creer que hay exageración en este elogio de los Maestros que han de dar esplendor a la Asamblea mariana de Covadonga, pues entre ellos figuran personalidades tan prestigiosas en este campo como el Arcediano de Tarragona, Sr. Gomá, como los Padres Arintero, O. P., Benejama, O. M. C., Silverio, C. D., Vega, O. S. A., Bover, Goyena y Nazario Pérez, S. J. y como otros no menos insignes teólogos pertenecientes al Clero asturiano: Catedral, Colegial y parro-

quial. Habrá dos Secciones, una para estudios de sacerdotes, presidida por el Sr. Obispo de Almería, y otra de seglares, que presidirá el Sr. Obispo de Salamanca. (1) Los temas que se han de estudiar corresponden al prestigio insignificante de tales Maestros y al objeto altísimo de la Asamblea, de cuya importancia trascendental ya se van dando idea los lectores.

El Prelado ovetense la pone bien de manifiesto en las delicadas observaciones de su Alocución, en la que habla luego de las solemnidades religiosas más importantes. «Allí, dice, se respirará esa atmósfera divina que rodea y cubre los grandes Santuarios de la Virgen, que dilata el corazón y eleva el alma, dándole a gustar y sentir algo inefable y divino que nadie sabe explicar, que se apodera suavemente de todas nuestras más nobles potencias, y que es fruto de una participación en las grandezas y en los misterios infinitos de nuestra santa Religión. ¿Dónde, como en Covadonga, se aspira ese oxígeno del alma? «Menciona con ardorosas frases la noche de la Adoración Nocturna y dedica muy sentidas palabras a «las procesiones al declinar el crepúsculo que parecen más de almas que de cuerpos, visión que trasciende todo lo terreno y cuyo recuerdo conmovedor no se borra nunca en nosotros».

La Asamblea se desarrollará durante los días 9, 10 y 11 del próximo mes de Septiembre, y de su organización ha sido encargado por el Sr. Obispo el gran Centro diocesano de Acción Católica, cuya suntuosa Casa, donde se celebró la gran Semana Social, es legítimo orgullo de los católicos asturianos. En dicho Centro se han constituido varias Comisiones encargadas de los diversos trabajos que en el magno

(1) Posteriormente y, a petición de numerosas Asociaciones femeninas, se ha incluido otra Sección para las señoras que asistan a la Asamblea.

proyecto exige, y a dicha Entidad deben dirigirse en demanda de datos cuantos deseen inscribirse en la Asamblea, bien como simples adheridos a este espléndido homenaje en honor de la Madre de Dios, o bien como miembros de la Asamblea y para asistir a sus sesiones.

A cuántos los soliciten se les envían Programas y datos de todo género, siendo de advertir que la Comisión de hospedajes espera no poder proporcionarlos, ni aún en los pueblos vecinos al famoso Santuario, a los asambleístas que no los pidan antes del 15 de Agosto. ¡Tan grande es ya el número de los devotos de la Virgen Santísima que anuncian su deseo de pasar en el incomparable Sitio, «Cuna de España», los tres grandes días de la Asamblea...

Jorge Juan



RENACIMIENTO CRISTIANO

Es hora ya de que cumpla mi promesa hablando a los lectores de RENOVACIÓN SOCIAL del renacimiento católico que se advierte fuera de España, principalmente en Francia, en los dominios de la literatura. Son muy numerosos los libros publicados en los últimos meses que solicitan nuestra atención.

Digamos algo ante todo de *L'inquietude religieuse et les poètes d'aujourd'hui* de Jacques Nautenil.

Es Nautenil un antiguo *sillonista*. En la afectuosa dedicatoria del ejemplar que me ha enviado alude a mis simpatías por Le Sillon. Aquel movimiento generoso, a pesar de sus errores, a pesar de sus peligros, ha sido fecundo. Ha producido en Francia una legión de cristianos en espíritu y en verdad que cultivan el arte, la ciencia, la literatura, el derecho católicamente, es decir, no deformando esas disciplinas con un prurito de proselitismo religioso sino llevando a ellos la savia cris-

tiana que es alimento y substancia de su vida. Nautenil, Guisard, Renandis, representan entre otros la aportación sillonista al cultivo de la literatura.

El libro a que me refiero es una ojeada sobre algunas almas de poetas que han sentido la sed de lo infinito. Nautenil sigue en su estudio el orden de lo más remoto a lo más próximo, a lo más identificado con nosotros. Evoca primero la figura de uno de los maestros del sindicalismo, Julio Laforge, espíritu torturado por la angustia metafísica en cuya obra descubre las huellas de una infancia piadosa, Alberto Lamain, el dulce poeta de las melancolias infaustas y de los paisajes otoñales que se acerca en sus últimos años a la fe católica, Carlos Guerin, poeta de idealismo netamente católico cuyos versos traducen el duelo a muerte entre la aspiración religiosa y aún mística y los ardores de su carne, Francisco Jammes, en fin, el admirable poeta de los *Georgicos cristianos* convertido ferviente, enamorado de las cosas humildes, dotado de un sentimiento franciscano de la naturaleza casi único en la literatura contemporánea.

Imposible resumir aquí cuanto de hondo dice Nautenil a propósito de estos poetas inquietos, uno solo de los cuales halla en los brazos de la Iglesia la suspirada paz. Estudio interesante no solo para el literato, sino para el apologista y para el psicólogo, porque revela la acción divina sobre las almas a través de la cadencia de las estrofas.

Aquí en España, dicho sea de paso, nos hallamos muy necesitados del espíritu que informa libros como este. Las viejas polémicas político-religiosas que nos han agitado durante largos años no son ciertamente muy propicias a delicadezas espirituales. Cuando hemos abordado el estudio de autores no católicos y aún de los católicos no hemos tenido siempre el sentido del matiz ni hemos experimentado bastante los estímulos de la piedad. Así hemos

podido parecer en alguna ocasión poco comprensivos, poco caritativos y no hemos sabido discernir bajo las afirmaciones de una impiedad libresca la mecha que arde todavía de que nos habla el Evangelio. Y nunca será bastante el tacto con que nos acerquemos a un alma que padece en los libros o en la vida de que esos libros son reflejo, como nunca será bastante nuestra veneración hacia la divinidad de que es imagen.

* * *

¿Habéis leído el «San Francisco» de Chesterton? El gran escritor inglés convertido al catolicismo nos desconcierta a veces con sus paradojas y con sus rasgos de humorismo que alternan con inefables delicadezas espirituales. Su nuevo libro es una interpretación muy personal, muy sugestiva del *Poverello*. Será sin duda uno de sus libros más substanciosos que hayan aparecido con ocasión de su centenario. No intento hacer de él un resumen en este lugar (véase el artículo que le he dedicado en la *Revista católica de cuestiones sociales*); pero sí me interesa recoger su afirmación de que San Francisco fué uno de los precursores del movimiento social cristiano. Después de hablar, por ejemplo, del movimiento de arte cristiano suscitado por el espíritu franciscano escribe: «Otra corriente distinta de inspiración espiritual tiene en gran parte su origen en él; me refiero a toda esa energía reformadora de los tiempos medioevales y modernos cuya consigna es *Deus est Deus Pauperum*. Su fervor espiritual hacia los seres humanos se encuentra en multitud de justas leyes medioevales contra el orgullo y la crueldad de los ricos; *inspira hoy en gran parte lo que se llama aproximativamente socialismo cristiano y que podría llamarse más correctamente democracia católica.*»

* * *

Viene publicándose en París desde hace un par de años una colección de

novelas que lleva por título *La vraie France*. «Todo un gran público pide novelas—leemos al frente de sus obras—que no den vueltas incesantes en el círculo de un sentimentalismo morboso o de una sensualidad desenfrenada, que den por la representación de nuestro tiempo o de evocadores cuadros del pasado alguna idea de la amplitud de la vida o de la riqueza del alma, que sepan hablar a la imaginación y al corazón de todos, incluso de los jóvenes sin debilitar la voluntad, interesando también la inteligencia... obras sanas, vigorosas y por eso no deficientes, sino tónicas, no disolventes, sino constructivas... Hace falta en nuestro tiempo que el arte sea benéfico, que nos ayude a vivir.»

«*La vraie France* viene realizando este bello programa. Ha publicado ya unos treinta tomos de obras interesantes, algunas considerables (por ejemplo *La terre veuve* de Gaston Mercier, *L'enfant de la victoire* de K. Duhorcau).

Entre los últimos volúmenes publicados merece especial mención *Le ciel sans Dieu* del novelista católico italiano Paolo Azcari que se revela en este libro psicólogo profundo, admirable pintor de paisajes de almas. Aquí la de una mujer educada en el catolicismo, casada después con un profesor incrédulo al que ama locamente y bajo cuya influencia llega a perder la fe y que viuda después y reintegrada a un medio familiar profundamente religioso va retornando con perezosa lentitud a la fe perdida...

Notre cher Peguy, dos tomos de recuerdos del original escritor reunidos por sus admiradores los hermanos Tharaad (París Plou 1925) viene a evocar de nuevo la interesante figura de uno de los iniciadores del renacimiento católico en Francia.

Hace algunos años en *La Revista Quincenal* intenté presentar al público

español a este originalísimo escritor, a este «místico» como él mismo se llamaba aún en sus años de incredulidad, enamorado de todas las causas grandes y justas, a este paladín del pasado cristiano que supo hacer surgir en admirables y sabrosos versos, a este hombre desgraciado que suspiraba por la vida sacramental y a quien sus condiciones especiales de vida ponían fuera de ella...

El libro de los hermanos Tharaad no nos dice grandes novedades sobre el fundador de *Les cahiers de la Quinzanie* pero nos pone unas horas en contacto con este hombre por tantos títulos atractivo y amable, con este campeón de la idea católica en el arte y en la vida, a quien sin duda la Virgen otorgó aquel «último puesto en Vuestro Purgatorio» que el pobre poeta le pedía en una de sus más conmovedoras plegarias.

Le roseau d'or, la interesante colección de obras en su inmensa mayoría de inspiración católica que viene publicando la casa Plou, ha sacado a luz la correspondencia cambiada entre el gran poeta católico Pablo Claudel y uno de los convertidos cuya obra está siendo más leída el malogrado Santiago Riviére cuyo libro *A la trace de Dieu* nos describe la laboriosa ascensión de su alma hacia la luz e indica a la vez una dirección apologética no despreciable. «Más interesante que demostrar la fe cristiana sería inducir en tentación para hacer caer en ella, describirla con tal detalle, hacer aparecer con tal fuerza su maravillosa cohesión que el incrédulo se sienta poseído por el vértigo y no tenga otro remedio que precipitarse en ella.»

Riviére fué atraído hacia el Catolicismo por la lectura de los primeros escritos de Claudel—ese gran poeta católico, uno de los más excelsos de nuestro tiempo cuyas obras quisiéramos ver divulgadas entre nosotros—

con todo el fervor de su admiración de veinte años. Riviére escribe a Claudel pidiéndole una dirección en su camino hacia Dios. Y Claudel le contesta animándole a seguir la áspera ruta que conduce a las serenas certidumbres de la fe. Entre el incrédulo que aspira a la fe y el apóstol a veces impaciente, a veces duro que pugna por ganarle a ella se entabla un diálogo de años de

que son eco estas cartas de inapreciable interés para el psicólogo y para el apologista. En ellas no se sabe que admirar más, si la rectitud de espíritu del convertido o el celo apostólico, la piedad ferviente e ingénua y la cristiana humildad de este poeta que vive la vida de la fe.

JUAN DE HINOJOSA

LAS IDEAS Y LOS HECHOS

Defensa de las niñas en paños menores

Los ingenuos autores de «El Rey que rabió» hicieron cantar picarescamente a sus personajes:

La falda corta permite ver hasta el tobillo de la mujer...

¡Hasta el tobillo, y eso cuando la falda era corta! Hoy ya no es solo el tobillo, sino que tal andan las niñas por la calle y tal se presentan en festividades y visitas que, la verdad sea dicha y sin agravio para nadie: ¡ya no sabemos qué guardan inédito para sus futuros maridos!

Porque los tendrán, no lo duden ustedes, y si se quedan para vestir Santos, ya que ellas no lo hacen, no será por lo que han lucido sus carnes sino porque no hay maridos para tantas.

Los tendrán en general, y muchas ya los tienen, y precisamente en eso me fundo yo para salir a quebrar una lanza en defensa, que considero necesaria, de esas angelicales niñas contemporáneas, tan mal tratadas por sociólogos y moralistas...

Todo el mundo se mete con ellas, y creo que esto es soberanamente injusto. No, no es que yo apruebe, vamos, que me parezca bien eso de que las «niñas» más o menos casadas o casaderas anden por ahí me-

dio en cueros, y me quedo corto; lo que digo es que de semejante desnudez no son ellas las culpables.

Véase una muestra de cómo las tratan. El gran novelista Ricardo León pone estas palabras en boca de uno de sus personajes:

«No me hables de tus hijas.. ¿Pues no han tenido la desvergüenza de subir a verme poco menos que en cueros vivos con unos faldelines que apenas bajaban de las corvas y unos escotes que... ¡vive Dios! ¡Así visten y así van por las calles dos señoritas que se juzgan honestas y cristianas... Un triste camisolín, cuatro palmos de tela de cebolla y unas medias transparentes, bastan para vestir la frágil doncellez de estas damiselas de hogaño... ¡Naturalmente, las pobrecitas como son tontas de capirote, y luego ven a su madre enseñando también las pantorrillas y presumiendo de polluela cuando ya le abundan las canas! ¡Retajo! Y el idiota de tu marido que consienta esas cosas y muchas más... Porque lo de menos, si bien se mira, es el vestido; una virgen desnuda puede aparecer la propia estatua del pudor. Pero hay que ver a sus hijas, hay que ver a esas vírgenes del siglo XX pintadas hasta los ojos, artificiales hasta el alma, llenas de afectaciones y melindres, marchitas

en plena juventud. ¡Qué movimientos, qué posturas, qué desenfado varonil, qué maneras tan libres, qué ideas tan livianas, qué semblantes, qué ojeras, qué expresión de malicia, de languidez y de tedio.

Aún no son mayores de edad las infelices y ya lo saben todo, de todo se aburren y todo les importa un rábano... ¡Viejas por dentro cuando comienzan a vivir!... Con mis ochenta inviernos largos de talle, soy más joven que todos vosotros juntos. ¡No me hables de tus hijas! Que no vuelvan más por aquí... no quiero verlas. El otro día las tuve que echar con cajas destempladas... No dicen más que tonterías y ni siquiera las dicen en castellano.

Sólo saben hablar de la «highlife», de «flirt» y del «fox-trot», del «supertango» y del demonio que se las lleve en un 40 HP.

Necias, frívolas, holgazanas y por contera cursis. Ni aun por los nombres parecen mujeres, ni menos españolas. «Totó», «Cocolín», nombre de meretrices o de perritos falderos. «Cocolín», «Totó», vaya un par de sostenes para los hogares futuros».

Con semejante y aun mayor dureza hablan cuantos siguen creyendo que la mujer debe ir vestida y que los maridos presentes y futuros tienen derecho a encontrar en ellas algo inédito; pero no parece que semejantes predicaciones resulten demasiado eficaces.

Escribe a este respecto el ilustre Padre Vilariño, S. J.:

«Muchas cosas muy buenas tienen las mujeres. Pero en esto no merecen alabanza ninguna, sino mucha y muy dura censura. Claro que hay muchas que, a Dios gracias, cumplen con sus deberes y no son reprehensibles, ni caen dentro de lo que vamos a decir y censurar. Pero otras muchas, que a pesar de ser cristia-

nas tan mal se portan, merecen enérgica censura por el mal comportamiento que en esta materia han tenido, y por la rebeldía con que se portan.

Han hablado egregios y muy autorizados predicadores, escritores, doctores, publicistas de todas clases, en púlpitos, catecismos, libros, hojas, sátiras, revistas, periódicos. Aprietan los directores en sus confesionarios. Niegan los párrocos la comunión y aun avisan que no se entre en sus iglesias con vestidos inconvenientes. Los Prelados en muchas diócesis, prescriben la modestia con palabras gravísimas.

Se han tenido que dar reglas e instrucciones acerca de la modestia necesaria en el templo, porque la imprudencia mujeril invadía el santuario y aun se asomaba a la mesa del Santísimo Sacramento.

Se han visto obligados los párrocos, a pesar de toda su bondad y delicadeza acostumbrada, a negar la comunión a algunas, aun estando ya en la misma mesa del altar; cosa verdaderamente inaudita, triste y costosa. En otras partes han impreso tarjetas, las cuales disimuladamente da el sacristán a aquellas personas que encuentra más desvestidas de lo que conviene. En esa tarjeta, en silencio y con delicadeza, se la dice poco más o menos: «Se ruega a todas las personas que no estén convenientemente vestidas, que vistan mejor al venir a este templo, o que no vengán». Con lo cual, sin bochorno, queda la persona advertida.

Los Prelados, en algunas diócesis, además de las instrucciones que han dado en sus Boletines, han mandado colgar en la puerta de las iglesias algunas ordenaciones acerca de la manera de vestir de las señoras si han de entrar en la iglesia,

Todo es inútil, y las señoras si-

guen pertinaces en su obstinación inmodesta».

Desnudez escandalosa en el vestir, desvergüencia de meretrices en los movimientos y actitudes, cursilería en el trato, oídos de mercader a las quejas maternas de la Iglesia... ¿Cómo se explica todo esto en las mujeres cristianas, o que pasan por tales? Porque no es fácil dar con nada al parecer más contrario a lo que hay derecho a esperar de una mujer que acaso sea «Hija de María», de la Asociación piadosa de Madres de familia o de Marías de los Sagrarios.

Algunos, bien superficiales por cierto, echan la culpa del extraño fenómeno a que la mujer joven, dando a esta palabra la mayor extensión posible, sea soltera o casada, lo sacrifica todo, hasta los sentimientos más íntimos, en aras de la belleza. ¡Pamplinas y ganas de poner o de conservar en circulación falsedades insignes!

Ah, pluguiera al cielo que la mujer se impusiera tales sacrificios por aparecer bella. No veríamos entonces con natural espanto como vemos tantas piernas abominables y tantos brazos sarmentosos y otras mil cosas no menos desilusionantes que truecan en un sueño las Venus, que creyéramos realidades, de Praxiteles...

No, la mujer no va tras de la belleza yendo por ahí con las carnes a la intemperie y adoptando posturas indecorosas y soltando necesidades y tonterías, de que muy a menudo se dan perfecta cuenta, y pintándose en forma tal que lleguen a causar verdadera repulsión... ¿A todos?

¡A muy pocos! Y he ahí la verdadera causa de todo. No son las pobres mujeres las culpables de tanta abominación, de tanta fealdad, de tanto impudor; son los hombres y nada más que los hombres: los pa-

dres, los maridos y los novios presentes o posibles... Los unos por permitir lo intolerable y los otros por no desdeñarse de hacer suyo, o de pretender por lo menos hacer suyo, lo que están viendo que es cosa de todo el mundo; esos son los que merecen las catilinarias de sociólogos y moralistas, que no las infelices mujeres, naturalmente inclinadas, incluso a los mayores sacrificios, para agradar al hombre...

Dejemos a un lado a los padres, que también muchas veces van arrastrados, y dígase con sinceridad si una mujer casada puede desnudarse para salir a la calle, si el marido cree que su esposa debe presentarse en público más recatada que delante de él en la alcoba. Pues si el marido opina que su mujer debe salir en paños menores y él la acompaña yendo de tal guisa y encantado de que el buen público se entere de todo. ¿es a la mujer a quien debemos censurar? Oh señores moralistas y sociólogos, sed más perspicaces y acordáos un poco de los maridos cuando queráis que sus mujeres se vistan, o por lo menos no se desnuden para salir a la calle...!

Y sobre todo dirigiros a los novios actuales o posibles, a los jóvenes, a ellos, a ellos que son los únicos capaces de conseguir lo que pretendéis; que las muchachas vistan con decoro y hablen en cristiano, y no sonrojen con sus actitudes y posturas de procacidad increíble. Que ni la Religión, ni la moral, ni la decencia, ni las reglas más elementales de la estética, ni los sermones, ni las diatribas, ni nada podrá devolver la modestia cristiana a las muchachas que la han perdido, ni evitar que la pierdan las que aún la conserven, si los jóvenes continúan viendo con gusto que sus prometidas o sus futuras mujeres, las que han de ser madres de sus hijos,

diar, en su Alocución sinodal de 29 de Abril de 1925, el resultado de las elecciones legislativas del 5 de Abril, deducía las conclusiones siguientes:

«El socialismo ha hecho progresos en todas partes, pero *no ha sido eficazmente combatido y rechazado más que allí donde se ha encontrado en presencia de obras sociales solidamente organizadas*. La provincia de Limbourg nos ofrece a este respecto un magnífico ejemplo. Todos los elegidos para la Cámara como para el Senado son católicos; pues el último liberal ha sido derrotado y ni un socialista logró salir elegido.

«Ahora bien, *las obras sociales están allí florecientes* y extienden su saludable influencia en la gran masa obrera. Esto no obstante, aumentó el número de votos socialistas; pero es especialmente en los cantones del sur de la provincia, que están en más contacto con la región industrial en que domina el socialismo (región de Lieja), y *allí es precisamente donde las obras sociales han encontrado más dificultades...*

«Los sacerdotes, a quienes hemos encargado de la misión de organizar las obras sociales, están llenos de celo y dispuestos a consagrarse completamente a su tarea. Desgraciadamente, ellos no hallan siempre los apoyos y auxilios a los que tendrían derecho.

«Algunos industriales, aún católicos, tienen contra ellos y su acción verdaderos prejuicios. Mas aunque admitamos que tengan algunos motivos de queja, porque en ocasiones los propagandistas cristianos hayan hecho demasiadas concesiones o exagerado los derechos de la clase obrera, tales incidentes no deben invalidar la conclusión inevitable, que hemos formulado antes: la de la necesidad urgente de propagar y organizar los sindicatos cristianos y otras obras sociales católicas».

Tal es lo que hizo el Clero en el Limbourg Belga para salvar la fé de su

pueblo, y esto mismo es lo que pudiéramos todos realizar en la forma prudente y oportuna que exigieran las circunstancias respectivas, a fin de conquistar al pueblo para la fé de Cristo; y dejará de ser una realidad, tanto más triste cuanto mas facilmente pudiera evitarse, lo que en su Instrucción Pastoral de 19 de Julio de 1925 decía nuestro Rvmo Prelado: «La Religión y la Iglesia tienen en su mano los únicos valores morales, que pueden levantar la posición y la cultura y el desenvolvimiento progresivo del pueblo y sin embargo *este huye de nosotros...* Hemos hecho valer ante el pueblo la obra redentora de Jesucristo Hemos trabajado por encauzar las inquietudes, las ansias, las aspiraciones justas o legítimas de esas innumerables gentes...»

En conformidad con estas directivas procedamos todos, como si de cada uno de nosotros dependiese la conquista del pueblo con quien convivimos, propaguemos decididamente las ideas sociales del Catolicismo, que es doctrina de acción, y si no logramos que las masas obreras entren por lo pronto en la Iglesia y en las instituciones inspiradas por ella, seguramente que quedarán muy cerca de sus puertas.

Cándido A. Jorge



El único Poder legítimo en Bélgica es el que pertenece a nuestro Rey, a su Gobierno, a los representantes de la nación. Sólo ese tiene derecho a la afección de nuestros corazones y a nuestra sumisión.

«Somos una nación débil y vosotros un coloso potente. Puesto que lo quereis habrá duelo, el duelo de David y Goliat. Habéis escarnecido nuestro derecho, él triunfará de vuestra fuerza». — *El Cardenal Mercier a las autoridades que invadieron a Bélgica.*

BIBLIOGRAFICAS

EL PROBLEMA SOCIAL DE LAS CLASES MEDIAS

Es bien pobre y deficiente la bibliografía española en lo que afecta al complejo e interesante problema de las clases medias.

Descontando las conclusiones formuladas en programas de acción social católica, o en las procedentes de asociaciones de funcionarios o de entidades gremiales, en que se hace referencia a diferentes aspectos de dicho problema, puede decirse que en España apenas se ha tocado el asunto, no existiendo un estudio serio y documentado sobre tan importante y vital cuestión.

Por eso el libro de Muffelmann, «*Orientación de la clase media*», que acaba de ser traducido al español del alemán por la editorial Labor, de Barcelona, viene a llenar un gran vacío, pues aunque elemental, constituye un buen manual de divulgación para cuantos quieran iniciarse en el estudio de este problema, hoy de tan palpitante actualidad. Dedicó el Doctor Muffelmann la primera parte de su obra a examinar el contenido y significación del movimiento social de la clase media, encaminado a la conservación y robustecimiento de dicha clase, como medio de atenuar las luchas sociales, entre las de arriba y las de abajo y de contribuir al mantenimiento de la paz social.

El autor de este estudio incluye en la clase media «a las individualidades económicas que perciben una renta regular, y o bien desarrollan una actividad productiva de carácter autónomo, o bien efectúan, en situación de dependencia, trabajos que no son puramente mecánicos». En este concepto amplio de la clase media se comprenden las más diferentes categorías, lo

mismo del orden económico que del orden intelectual, lo mismo autónomas, que sujetas a cierta dependencia.

El criterio que adopta el profesor Muffelmann para establecer la nota característica de la clase media es el de la renta, rechazando el criterio de la profesión, porque en la clase media entran las más diversas profesiones; también rechaza el criterio de la dependencia, porque en la clase media se comprenden trabajadores autónomos y no autónomos; así como el de la propiedad, criterio histórico que sirvió para la división de las clases sociales en la antigüedad griega y romana, pero que hoy no puede aceptarse porque hay sectores de clase media que poseen capital propio y otros que carecen de él.

El criterio de la dependencia lo acepta Muffelmann precisamente para establecer una diferenciación dentro de la misma clase media, distinguiendo la antigua, (artesanado, comercio al detall y clase media agrícola), de la moderna, (funcionarios públicos y empleados privados, de carácter técnico y mercantil).

Esta línea divisoria entre la antigua y la moderna clase media se advierte en todo el moderno desarrollo de la misma y en las diferentes y encontradas aspiraciones económicas de una y otra categoría que han llegado a poner en entredicho la unidad del movimiento: díganlo, por ejemplo, las conclusiones del programa defensivo del artesanado, contrarias a las cooperativas de consumo y a los grandes bazares, y las que han emanado del programa de los funcionarios y empleados, en el que se defiende aquellas instituciones económicas.

Con la denominación de clases medias especiales hace referencia Muffelmann a un conjunto heterogéneo, que

comprende, por una parte, a las profesiones liberales (médicos, abogados, artistas, etc.) y por otra, a los pequeños propietarios rústicos y urbanos.

Estudiando las diferentes categorías de la antigua clase media se ocupa de la evolución, situación actual, y medidas protectoras, así como del problema de la técnica, de la cooperación y del crédito, aplicado a cada de dichos sectores o categorías.

La cuestión de la moderna clase media le merece especial atención, estudiando el problema de la asociación de funcionarios y de los sueldos y pensiones; distinguiendo las aspiraciones de los empleados públicos y privados y haciendo, dentro de estas, marcadas distinciones, según se trata de empleados técnicos o mercantiles.

Examinando el movimiento político de la clase media, antes y después de la guerra mundial, hace notar el fenómeno de que todos los partidos políticos, con excepción de los de la extrema izquierda y del socialismo,—que aspiran a la desaparición de la clase media—han incorporado a sus programas las aspiraciones económicas y sociales de dicha clase.

Estudiando el porvenir y las transformaciones de las clases medias advierte los siguientes fenómenos: por una parte la necesidad en que se ha visto el artesanado de recurrir más que a medidas de carácter restrictivo, inspiradas en la antigua legislación gremial, a medidas que fomenten la asociación y el crédito, la técnica mercantil y la educación industrial, a fin de especializarse en todo lo que sea *trabajo de calidad*, que pueda hacer competencia al trabajo en *masa*, de la gran empresa: por otra parte las aspiraciones de los funcionarios públicos se han transformado en la postguerra, pues al anhelo de mejoramiento económico, de tiempos anteriores, se incorpora hoy la tendencia política a modificar fundamen-

talmente la relación jurídica existente entre el funcionario y el Estado.

Comparando la clase media antigua con la moderna, afirma que el valor de la primera radica en que en ella se expresa la importancia educativa de la independencia económica; mientras que la importancia de la segunda consiste en que constituye una parte necesaria de la moderna organización económica, no pudiendo imaginarse sin ella la concentración que se ha operado en la gran empresa.

«Si la existencia de una clase media autónoma es tan importante,—dice,—en el aspecto ético-social, para la vida de la economía y de la cultura, precisa procurar que dicha clase se adapte a las modernas condiciones económicas, pues no es posible con ánimo de favorecer, impedir el empleo de máquinas y el desarrollo de los bazares, por medio de restricciones legales, retrocediendo a la economía municipal de la Edad Media».

«El desarrollo de tendencias contrapuestas a la esencialidad de la nueva clase media—añade—significa la lucha contra nuevas formas de la Economía; orientada actualmente la clase media a la consecuencia de ventajas económicas, puede decirse que ambos sectores coinciden: en un conflicto entre ambas, se impondría a la antigua la nueva clase media, de la que es el porvenir».

Muffelmann no deja de reconocer con Bucher las ventajas de la antigua clase media, de aquel artesanado que constituía el núcleo de las ciudades medioevales, ni deja de lamentar, con dicho historiador de la Economía, que esa clase antes tan vigorosa, haya sido reemplazada por un conglomerado de individuos sin conexión; pero no considera, sin embargo, este mal irremediable, porque, según él, «de la gran masa de los dependientes se eleva una nueva clase media, superior a la antigua burguesía en vigor econó-

mico y en capacidad de adaptación, educada para los fines de la gran empresa».

Los Reglamentos gremiales de la Edad media—dice—«exigían la subordinación a la sociedad gremial, a la cual tenían que someterse todos los consocios; ¿quién podría negar que las asociaciones actuales pueden someterse a una reglamentación de derecho público que tenga presente el bienestar común de una manera más perfecta?»

Sin embargo; a este criterio, tan respetable, de tan docto escritor, nos permitimos oponer un reparo; ¿cómo no lamentar la pérdida del espíritu cristiano en las modernas asociaciones de dependientes y empleados?

Lo que haya ganado la moderna clase media en aptitudes mercantiles y en capacidad de adaptación, ¿no lo ha perdido en virtudes cristianas y sociales, en hábitos de obediencia y hasta en espíritu creador?

Notamos en esta interesante monografía la omisión de uno o varios capítulos dedicados a estudiar — aunque fuera en grandes líneas, dado el carácter elemental de este estudio—el problema de la relación y armonización de las aspiraciones de las clases medias con las aspiraciones de las restantes clases sociales y con las grandes cuestiones que hoy agitan al mundo en el campo del Derecho, de la Sociología y de la Política.

También notamos en dicho estudio un lamentable olvido de la eficaz labor realizada en el campo católico social favorable al movimiento ascensional y al mejoramiento de las clases medias.

Y así vemos que hasta en la parte bibliográfica se omiten los nombres y las obras de autores católicos que gozan de gran autoridad en la materia, como entre otros los de los insignes jesuitas Padres Pesch y Antoine, el del ilustre Toniolo, tan significado en la acción social, el del gran economista

belga Victor Brants, que en su tratado de Economía y en sugestiva monografía ha dedicado cuidadosa atención a este problema, el del historiador de la clase media, Funk-Brentano, y los de otros significados publicistas entre ellos, algunos españoles, que se han ocupado de diferentes aspectos del problema.

¿Cómo es posible desconocer las nobles y eficaces iniciativas del catolicismo social, traducidas en obras e instituciones, en proyectos legislativos, congresos y semanas sociales, propulsores del movimiento favorable a la clase media y proletaria y propugnadores de la formación de una clase de pequeños y modestos propietarios, de acuerdo con las luminosas enseñanzas del insigne León XIII, inspiradas en la tradición cristiana y ratificadas por los Pontífices posteriores?

Francisco F. Sánchez-Puerta

«ALTAR MAJOR»

Abundan mucho más de lo que se supone los peregrinos y los turistas que van a Covadonga y en cuestión de un par de horas «lo han visto todo» y comienzan a sentirse aburridos y hasta con ganas de marcharse... ¡Hay allí tan pocas diversiones!

Para estos espíritus lamentables, que no aciertan a gustar las bellezas infinitas, bellezas de todo género, que encierra y ofrece pródigamente «la cuna de España» a cuantos saben percibirlas, parece escrita la última novela de Concha Espina, que tiene por escenario lo que con inspiradísima frase llama «Altar Mayor» de este grandioso templo que es la Patria...

Covadonga, altar mayor de España considerada como un templo: la idea es feliz y bella sobre toda ponderación, pero su desarrollo admirable es digno del pensamiento y de la insigne nove-

lista, y digno del escenario que la maravillosa pluma de Concha Espina va como iluminando sagazmente para que los lectores más distraídos, hasta los que allí «lo ven todo» en pocos minutos, se convenzan de que en realidad ellos por sí solos no ven nada, ni siquiera lo que les entra por los ojos...

Sería impropio afirmar que en esta prodigiosa novela «se describe Covadonga». Para tal empresa harían falta muchos libros, y «Altar Mayor» contiene además una hermosa e interesante trama novelesca y en sus páginas se nos ofrecen perfectamente cincelados numerosos caracteres; pero no habrá exageración alguna en afirmar que esta novela es un maravilloso «despertador» de bellezas y de encantos.

Concha Espina no se detiene a relatar todos los detalles de cada rincón de ensueño y cada perspectiva luminosa; se limita a señalar tales encantos con el dedo, aunque eso sí, «descubriéndolos» tal como son y tal como únicamente las almas escogidas los perciben. Leyendo «Altar Mayor» hasta los más duchos en la rebusca y hallazgo de las bellezas de aquel Sitio incomparable van descubriendo aspectos nuevos y armonías no paladeadas hasta entonces.

Lo que es Covadonga en la historia de España y en el alma de los creyentes y en las entrañas de la tradición, pero sobre todo lo que es como paraje en que la naturaleza se ha complacido en sintetizar todo lo que puede encerrar y ofrecer para su consuelo y admiración al espíritu más selecto, todo eso «se ve» luminoso y radiante leyendo las páginas delicadas y transparentes de «Altar Mayor».

En una sentida carta al ilustre Director de la gran revista «Covadonga» decía la genial escritora: «Nada he regateado en esta novela, entrañablemente sentida, penetrada de Asturias y especialmente del Santuario. Confieso que puse en ella todo mi genio y todo mi corazón. Ha salido ancha como mi vo-

luntad, honda como el alma de ese país, rebosante como el Auseva... Insisto en que nunca ha querido ser un libro «religioso», sino una novela con pasiones y humanidad. Pero transida de fe, llena de altos ideales, de presentimientos y esperanzas que trascienden de todo el libro, como fuerte aroma espiritual. Creo que así es cómo una obra de arte sirve a la Religión y al Bien sin dejar de ser Belleza y Poesía».

No deja de serlo ni por un instante «Altar Mayor», que es toda ella una evocación, un canto, un espiritual y delicadísimo «cicerone» a cuya mágica indicación surgen bellezas inefables a la vista del más miope. Por eso digo que esta novela de la insigne y tantas veces laureada autora de «El metal de los muertos» parece escrita para acabar con esa casta de espíritus mediocres e indigentes que a poco de estar allí ya lo dan todo por visto en Covadonga...

Pero aun entre los que nunca nos cansamos de ver y de admirar y de rumiar lo que en el famoso Sitio se ofrece a la vista y a la memoria y a la consideración del visitante, ¿quién habrá que se precie de haber descubierto todos los encantos de Covadonga, si precisamente porque cada día y cada hora los encontramos nuevos nunca nos hartamos? Y como son contadísimos *rari nantes in gurgite vasto* los que tienen la misma perspicacia que Concha Espina para descubrir las bellezas y las misteriosas armonías de la naturaleza, del arte y de la Religión, bien se puede asegurar que aún entre los más enamorados y más «llenos» y más hábiles en descubrir y en admirar los encantos variadísimos de Covadonga. «Altar Mayor» ha de llenar su mencionado y último papel «descubriendo» por aquellos rincones misteriosos nuevas maravillas inefables y nuevos horizontes y nuevos mundos.

Dicho así, de plano, que toda la bella trama de la novela se desarrolla en el recinto de aquellos sagrados montes,

parece significar que «Altar Mayor» está indicada «para los que no pueden ir a Covadonga»; pero nada hay más lejos de la verdad. Son los que han estado en Covadonga, son los que están allí los que de la lectura gratisima de ese libro más provecho pueden sacar.

Claro es que en todo caso la lectura de la deliciosísima novela es un placer inefable, un hartazgo de cosas bellas, narradas o descritas con primorosas delicadezas; sin embargo es «sobre el terreno» o recordándole intensamente cómo

mo ese aspecto de la hermosa novela «desempeña su cometido» de manera insuperable.

Sí «ese aspecto de la novela»; que los tiene muy variados y no menos dignos de una mención especial: pero a mí se me ha antojado señalar éste para recomendar ahincadamente la lectura de «Altar Mayor» como medio eficazísimo de descubrir las bellezas o muchas de las bellezas de Covadonga, tan recatadas a veces y escondidas...

Lector Sincero

De las ajenas mieses

La cuestión obrera es una cuestión de subsistencias

La cuestión obrera es esencialmente una cuestión de subsistencias. Su importancia iguala pues a la de las subsistencias o medios de procurarse lo indispensable para las necesidades de la vida: nutrición, vestidos, habitación. Nosotros entendemos por trabajadores u obreros no solamente los obreros propiamente dichos o sea los jornaleros, sino también todos aquellos que aún poseyendo un capital, es éste tan pequeño, que se encuentran en la misma situación que el obrero, obligados a vivir de su salario, por ejemplo: el pequeño industrial o propietario de inmuebles, casa o tierra, que viven principalmente de su salario. De un lado, pues, tiene por objeto las necesidades más imperiosas del hombre y del otro abraza la parte más numerosa de la sociedad.

La cuestión obrera tiene por, consiguiente, una importancia más grande que todas las cuestiones políticas. Y sin embargo, mirad los debates de nuestras Cámaras legislativas y de nuestra prensa obrera: diríase que las cuestio-

nes políticas son las más graves de todas las que conciernen a la humanidad y que tienen por objeto sus intereses más queridos y esenciales ¡Y esto es un gran error! Las cuestiones políticas no tienen interés realmente más que para una ínfima minoría, a saber: para los escritores, para aquellos cuya principal ocupación es hablar o escribir y que por lo tanto brillan en la tribuna o en la prensa. Todas las cuestiones políticas del orden del día apenas tocan someramente los pensamientos obreros de la masa del pueblo, las conversaciones y los sentimientos de los obreros y de sus familias, sus intereses y lo que pueda mejorar su posición y remediar sus necesidades más esenciales.

Y sin embargo hay partido político que solo buscando su propio interés, no duda arrastrar a los obreros en sus movimientos políticos. Entonces no son sus intereses los que defienden los obreros sino los intereses de los agitadores que les han dado el cambio. Los obreros sirven entonces de instrumentos al partido a que están afiliados, el cual, una vez conseguido su objeto, les deja abandonados a su suerte. Nuestro siglo nos ha ofrecido muchas veces semejan-

te espectáculo; los partidos han hecho creer al pueblo que defenderían sus intereses; en el momento decisivo y bajo este pretexto han hecho uso de la acción popular; pero una vez obtenida la victoria, el pueblo se encontró en la misma situación que antes: las grandes conquistas tan pregonadas nada habían tenido de común con sus intereses ni con sus necesidades. El pueblo, en realidad, ha sido engañado por los partidos, principalmente por el partido liberal. Sus adeptos repetían a diario que todas las discusiones políticas eran motivadas por el amor del pueblo, pero realmente eran solo para servir a sus propios intereses. Ellos para conseguir el título de amigos del pueblo, a un precio excesivamente bajo, se contentaban con demostrar una cierta actividad en las Cámaras y en la prensa. El verdadero amigo del pueblo, Jesucristo, ha dicho: «*Vosotros los reconocereis por sus obras*». Otro tanto se puede decir hoy. El pretendido amigo del pueblo no tiene para él más que una vana fraseología. Él domina en las Cámaras y en la prensa y abusa de su poder para hacer creer a las masas que todos los verdaderos intereses populares están incluidos en las cuestiones políticas; él explota este tema, de una manera continua, para presentar su actividad co-

mo un servicio eminente rendido a la humanidad. ¡Cuantos hombres ilustres del partido liberal, en Alemania deben su renombre solamente a esta vana fantasmagoría, sin la cual nada habrían hecho por el bien del pueblo!

La cuestión obrera no puede ser tratada de este modo. Tiene, en verdad, una importancia mayor, puesto que afecta a los intereses más graves del pueblo, a las cosas que constituyen el objeto de sus preocupaciones constantes y de su continua solicitud. Su propio entretenimiento y el de su familia, es decir: los medios de procurarse el alimento, los vestidos, la habitación para él, para su mujer y para sus hijos, tales son los objetos en que constantemente está preocupado el pensamiento del trabajador; tales son las cuestiones que constituyen el fondo de todas sus alegrías y de todas sus tristezas. La cuestión obrera, lo repetimos, es una cuestión de subsistencias y abraza la porción más numerosa de la humanidad. Nosotros saludaremos, con todo nuestro corazón, como a un verdadero bienhechor del obrero, a todo aquel que le pueda dar un buen consejo para ayudarlo a resolverla.

Monseñor Ketteler

Obispo de Maguncia

VIDA SOCIAL EXTRANJERA

CRÓNICA GENERAL

FRANCIA

La Conferencia Internacional del Trabajo es presidida este año por Mons. Nollens

La Conferencia internacional del trabajo tuvo en Ginebra su 8.^a sesión.

Los católicos sociales no han cesado de manifestar una simpatía entusiasta por la labor de esta Oficina y es que

han tenido una parte activa en todos sus trabajos.

La conferencia de este año ha sido presidida por Mons. Nollens, ministro de Estado de los Países Bajos.

En otra ocasión, «El Pueblo», órgano de la C. G. T. pretendió demostrar que, si existen a través del mundo numerosos protestantes sociales, raros son los católicos que merecen este título. Nosotros invitamos al redactor a seguir las Semanas Sociales y a estudiar, sobre

el terreno, en Ginebra misma, la masa pujante de sindicatos cristianos, de católicos sociales allí representados.

Y le pedimos permiso para reproducir el magnífico elogio que hace de Mons. Nollens:

«Por tanto, vemos que Mons. Nollens ha ido allá para demostrar que la fe en la religión de Roma no es incompatible con la voluntad de promover la justicia social y de mejorar la suerte de los trabajadores.

...Muy fino, gran diplomático, es el mantenedor hábil de los hilos de la política holandesa, el director verdadero de este país donde él ha realizado el asombro de hacer de la minoría católica árbitro de partidos y guía del porvenir.

«Pero, más que estos méritos, llama nuestra atención el ser, hace mucho tiempo, uno de los muchos promovedores de la política social, desde el origen de la Asociación internacional para la protección legal de los trabajadores, donde juega un papel de primer orden, trabajando al mismo tiempo para preparar la creación de la organización internacional del trabajo, donde ha alcanzado igualmente un primer puesto.

«Ha asistido a todas las Conferencias internacionales de trabajo, y en todas ha jugado un importante papel, por el cual los trabajadores no pueden menos de felicitarle.»

En estas palabras, no es solamente a una fuerte personalidad eclesiástica que se ha impuesto en la Conferencia Internacional del Trabajo, sino a toda la obra social de la Iglesia a la que se ha rendido homenaje.

La Memoria anual de M. Albert Thomas ha precisado las relaciones de la organización internacional del Trabajo con los Sindicatos cristianos. Las palabras que utiliza requerirían alguna reserva; pero nos place recoger el homenaje rendido a la actividad social de la Iglesia católica:

**Sindicatos cristianos
y Semanas Sociales**

«Después de la Encíclica de 1891, el pensamiento católico no ha permanecido inerte. La Iglesia no ha renunciado a la tradición que la condujo a ocuparse de la legislación obrera internacional. Pudiera no haber asimilado todavía en su cuerpo de doctrina las tendencias nuevas que se están manifestando en la vida social. (1) Pero sigue con atención un esfuerzo del que ella no puede desconocer el carácter universal.

Entre otras cien, la actividad de los católicos en los sindicatos cristianos es una prueba de este interés. Y asimismo, el movimiento de Semanas Sociales, que desde veinte años, en Francia y en otros países, han hecho manifestación, la más elocuente, del esfuerzo de propaganda y de enseñanza sobre los problemas sociales.

El valor de convenios y recomendaciones se encuentra, de seguro, menos discutido en las filas católicas que en las socialistas. Apenas hubo en el Congreso de trabajadores cristianos quien dejara de manifestar su deseo de una pronta y completa ratificación.

Que los católicos están mejor preparados que otros para abordar «el aspecto internacional de los problemas sociales» ¿quién lo duda? Su fe—y ellos la proclaman—lejos de restringir y limitar su horizonte, lo alarga, y su dogma de la comunión de los santos, que les enseña a reconocer en todos los hombres sus hermanos en Dios, los prepara excelentemente a comprender que ni las fronteras ni las naciones ni las clases, cortan jamás la unidad humana.»

**La representación de los
Sindicatos Cristianos**

Los sindicatos cristianos, ¿tendrán representación en el Consejo de Adminis-

(1) Nuestro Sangro ha puesto oportunamente en estas columnas el debido correctivo a esta insinuación injusta.

tración del B. I. T.? M. Albert Thomas explicó que en el estado actual de los reglamentos la cosa no parecía nada fácil. He aquí sus palabras, y ved lo que indica para una solución satisfactoria:

«La dirección de la Oficina Internacional del Trabajo, hará siempre, como hasta ahora lo ha hecho, todo lo que esté de su parte para asegurar a los representantes de organizaciones cristianas una influencia y una autoridad digna de su esfuerzo y de su voluntad de colaboración a la obra común.

Sea por las consultas y asesoría de los peritos, sea por el desenvolvimiento de relaciones, los hechos atestiguan ya la realidad de este esfuerzo.

Pero para que los sindicatos obtengan en el seno del Consejo de Administración una representación proporcional a su fuerza, puesto que también hay que demostrarla, es necesario, bien que sea concertada una inteligencia con los sindicatos de otras tendencias, o bien que se modifique el reglamento de la Conferencia ya que no el mismo tratado de paz.

En uno como en otro caso la dirección de la Oficina Internacional del Trabajo nada puede hacer. Ella no puede hacer otra cosa que buscar según la norma de conducta que debe ser la suya, la unión cordial entre todas las fuerzas que contribuyen a la obra de la Oficina».

Los puntos de vista de M. Albert Thomas son fundados. Pero si los reglamentos están mal hechos o son incompletos, bien pueden corregirse y completarse.

M. Serrarens, delegado obrero de los Países Bajos y Secretario General de la Conferencia Internacional de los Sindicatos Cristianos, es de esta opinión. Y ha elevado a la Conferencia una proposición pidiendo la representación de las minorías en el Comité de Administración de la Oficina.

En su exposición ha invocado la

obra de la Iglesia católica en los dominios de la legislación social y ha formulado el aserto de que en las conferencias relativas al trabajo, su voz fué mal interpretada de continuo. Porque ella se ha elevado siempre en favor de la Justicia.

Después de la Fiesta del Trabajo

Con ocasión de la Fiesta del Trabajo celebrada el 13 de mayo último el Presidente de la C. F. T. C. ha recibido de la Santa Sede la siguiente carta:

Secretaría de Estado de Su Santidad.
Vaticano 19 junio 1926.

Señor Presidente: El Santo Padre ha acogido con especial benevolencia el programa que ustedes le enviaron con motivo del 55 aniversario de la «Rerum Novarum» conmemorado en el salón de actos del Trocadero, bajo la presidencia de S. Em. el Cardenal Arzobispo de París.

Al reconocer los sentimientos de veneración y docilidad filial para con su Augusta Persona, Su Santidad les felicita de haber exaltado por esta bella manifestación que ha tenido lugar también en las principales ciudades de Francia, el ideal siempre actual de la Iglesia, fiel cumplidora de la misión que Ella ha recibido de Nuestro Señor Jesucristo, de llevar a toda colectividad e individuo palabras de luz, verdad y vida.

El Santo Padre se congratula al comprobar los resultados ya obtenidos por la Confederación en favor del progreso social que no se realiza sin observar las normas inmutables de la justicia y de la caridad.

Hace votos para que estos consoladores extremos preparen un buen porvenir del que para bien de todos los trabajadores y de la sociedad es augurio la Encíclica de León XIII, la primera carta de los derechos y deberes de la clase obrera.

Gozoso, también, de ver la docilidad

con que la Confederación marcha bajo la prudente dirección del Episcopado, el Soberano Pontífice les felicita muy paternalmente y cordialmente os envía como prueba de su benevolencia y de un particular deseo de gracia divina, para Vds. y para todos los miembros de la Confederación, una especial bendición Apostólica.

Dignaos admitir, señor Presidente, la seguridad de mis humildes sentimientos en Nuestro Señor.

P. Cardenal Gasparri

ITALIA

Protección a la Infancia y a la maternidad

Se acaba de dar en Italia una Ley verdaderamente magnífica en favor de la infancia y la maternidad. Toda ella está llena de un sentido práctico admirable e inspirada en un espíritu genuinamente cristiano. La institución oficial fundada, en virtud de esta ley, se llama Obra Nacional de Protección a la Infancia y a la Maternidad.

La Ley favorece al niño hasta los diez y ocho años en toda clase de infortunios y necesidades así físicas como morales, con culpa propia o de sus padres, o sin culpa de nadie. Protege también a las madres, especialmente en sus períodos prenatales y postnatales, y no sólo las socorre a ellas y a sus hijos cuando están en necesidad de cualquier clase, sino que previene los males que puedan afligirlos así físicos como de índole moral y social.

La ley tiene en cuenta la autoridad del Párroco en ciertos casos y la especial actitud de las mujeres seglares o religiosas que se dedican a la protección de la infancia o a obras de caridad y acción social. Las mujeres seglares o religiosas deben formar por lo menos la tercera parte de los comités locales de acción.

A todos los miembros del comité se

les concede un carnet de identidad, mediante el cual quedan facilitados para llamar en su auxilio y para los fines caritativos y moralizadores de la Obra a los agentes de policía.

Se nombran además visitadoras para los fines de la ley, las cuales deben haber cursado por lo menos dos meses en las escuelas de higiene maternal e infantil, y tienen obligación de vigilar y asistir a los niños y a sus madres a fin de que no carezcan de nada necesario.

Se provee muy particularmente a que si no es en casos muy excepcionales y por razones muy graves de índole física o moral nunca el niño sea apartado de su madre. A este fin la obra subvenciona a las familias pobres y a las instituciones privadas de caridad que tienen por fin proteger a las madres necesitadas.

Provee asimismo a la legitimación de matrimonios y reconocimiento de hijos, y, lo que es muy original y simpático a la vez, tiene especial providencia para el caso en que el niño pobre o abandonado sea colocado en alguna casa particular, o en algún asilo o sea adoptado por alguna familia caritativa, a fin de que haya sus correspondientes *visitadoras* de la Obra que sigan el curso del desarrollo físico y de la educación moral del niño, y la tal familia o casa o asilo lo tomen como a hijo cumpliendo con el todos los deberes a que están obligados los padres, a quienes sustituyen, procurando en particular su instrucción y educación religiosa.

Hemos de confesar que aunque tenemos en España algo muy digno de alabanza en este sentido, no llegamos ni con mucho a las generosidades, eficacia y amplitud de la nueva Ley italiana, a la que ha servido de modelo la Ley que sobre esta materia se promulgó muy anteriormente en la católica Bélgica.

ALEMANIA

Los sindicatos obreros cristianos

A. G. Church, antiguo diputado obrerista y uno de los notables del *Labour Party*, acaba de presentar a este organismo y a los *Trade-Unions* un sucinto informe sobre el viaje que hizo recientemente a Alemania para estudiar la situación de los sindicatos obreros cristianos. El informe atestigua una profunda simpatía para estos sindicatos. M. Church deplora que los *Trade-Unions* que tan estrechas relaciones mantienen con los socialistas alemanes, crean deber ignorar esta fracción del movimiento obrero alemán, fracción que constituye en el seno de este movimiento una fuerte minoría.

El informe Church se dedica a disipar las prevenciones existentes en Inglaterra hacia los sindicatos cristianos.

Estos, dice, no son exclusivamente católicos; no están bajo el dominio del clero católico; no se hallan en hostilidad declarada con los sindicatos socialistas; no están animados de tendencias reaccionarias y su actividad es para el movimiento obrero un factor de fuerza y no de debilidad.

Church concluye pidiendo que, vista la identidad general de objetivos que se proponen, cualquiera que sea la diferencia de los métodos de los *Trade-Unions* ingleses y de los sindicatos cristianos de Alemania, aquellos deben entablar relaciones con éstos. Es evidente que la gran personalidad de Imbusch, uno de los líderes del movimiento obrero cristiano alemán, ha ejercido sobre Church una poderosa impresión.

H. I. S.

VIDA SOCIAL ESPAÑOLA

CRÓNICA GENERAL

Por un periodista
obrero católico

He leído emocionado en el gran rotativo de Madrid «La Nación», un suelto reproducido después en otros diarios que dice, frase más o menos lo siguiente: «Periodista católico inválido solicita de las personas caritativas contribuyan con una pequeña cantidad a la adquisición de una máquina de escribir con la que efectuaría trabajos que le ayudarían para contribuir al sostenimiento de las cargas de su necesitada familia. Los donativos podrán ser dirigidos a Ferraz, 18».

Yo conozco el caso y el periodista, que es hombre que merece toda protección.

El periodista es un antiguo tipó-

grafo culto, inteligente, bueno que heredó de su padre, un buen periodista andaluz todas las condiciones necesarias para el difícil arte de ilustrar periódicamente al público acerca de las ideas y de los hechos.

Atendiendo su vocación de periodista y las llamadas de su espíritu de obrero y de católico fundó y dirigió un semanario de ardiente propaganda de los inmortales principios contenidos en la obra capital de León XIII.

La forma y el fondo del semanario no podían mejorarse y a través de los comentarios y artículos doctrinales se veía la actividad incansable del director, que no omitía esfuerzo alguno para hacer de su obra una cosa viva y eficaz.

Las mejores firmas de escritores católicos aparecieron en las colum-

nas del batallador periódico, que llegó a tener una de las mayores tiradas de este género de semanarios y un núcleo de lectores incondicionalmente adictos.

El periodista había desatendido su familia para dedicarse por completo a su obra de apostolado. La realidad llamó a sus puertas y hubo de abandonar la lucha para dedicarse al desempeño de un cargo que le permitiera cubrir las cargas familiares. El periódico, falto del vibrante espíritu de su insustituible director, que había puesto en él todo su espíritu, todo su cariño y su vida entera, murió.

Una enfermedad, incubada indudablemente en las largas vigiliadas dedicadas al servicio de la causa obrera católica, hizo explosión cuando menos se esperaba, y sumió al obrero periodista en la cama de un hospital durante días, semanas y meses de trágica recordación durante los cuales el periodista debilitado, demacrado, con la muerte retratada en el semblante, nos hablaba tristemente del espantoso final de su vida y con ello el de la obra de sus entrañas.

El periodista sanó, pero su cuerpo quedó semi inutilizado y su inteligencia, llena por lo demás de vigor y con la misma agilidad que antes, fué condenada por la Ciencia a muchos meses de inactividad.

El periodista sin otros bienes que sus brazos y su pluma ha debido lanzarse a la busca de un cargo compatible con las necesidades de la convalecencia, y en esta busca, triste es confesarlo, el periodista no obtuvo toda la protección debida de parte de aquellos a los que más favoreció.

Todavía queda fibra. El periodista mejora poco a poco: Dios no querrá que la causa católica pierda tan útil elemento. Los católicos que hemos contemplado de cerca la obra a que

nos venimos refiriendo contribuiremos con nuestro esfuerzo a que el periodista atraviese en las mejores condiciones posibles la actual crisis, y para ello entregaremos gustosos nuestro óbolo.

Yo suplico a los demócratas cristianos y católicos sociales que lean estas líneas que acudan al llamamiento y contribuyan con su donativo, porque yo garanto que existen pocos hombres que lo merezcan más que el periodista obrero al que van dedicadas estas líneas.

Palabras de un arzobispo católico

Conviene meditar seriamente las palabras pronunciadas por el arzobispo católico de Liverpool Monseñor Keating refiriéndose al conflicto minero inglés.

«Un buen salario familiar—ha dicho—es el más fundamental precepto de justicia social en un estado industrial.

«El arduo hecho que no tiene disculpa es este: que millones de seres humanos en nuestra industrializada sociedad no tienen otra cosa que sus salarios para subsistir.

«Mientras que una Empresa privada puede cumplir esta primordial función social de suministrar un salario que permita a esos millones de personas necesitadas mantener a sus familias, puede justificar su existencia. Cuando fracasa en esta primordial función social, ella se condena a si misma y no puede sacar a cuento la economía para salvarla.

«El pobre debe vivir; y si las Empresas privados no pueden dar al obrero un salario vital, debe dejar plaza a otro sistema social. No debe consentirse que ellas impidan la solución.»

La lucha contra el hogar insalubre

Las Autoridades de Madrid conti-

nuan en su lucha implacable contra la vivienda insalubre.

Hace muy pocos días han ordenado el derribo de un ejemplo típico de hogar insalubre. Este era una choza construida de tablas y de hojalata, sin ventilación alguna, en la que vivían y dormían en un espacio de tres metros, una viuda de 35 años con tres hijas de 19, 13 y 5 años y un hijo de 8, un limpiabotas, que sostenía ilícitas relaciones con la primera, y una soltera de 25 años con un hijo de año y medio.

La desaparición de estas zahurdas es una necesidad pública porque con su existencia deshonran y envilecen a un pueblo.

Y no solo queda perjudicado el aspecto artístico de una población, sino que igualmente resultan daños de índole social, sanitaria y moral.

¿Cómo ha ha quedar incólume la virtud de una mujer que desde su más tierna infancia se encuentra habituada a presenciar las más íntimas escenas, a soportar los sucios contactos de personas de distinto sexo y familias, a contemplar las más monstruosas uniones, a escuchar las conversaciones más descocadas y a vivir manchada por las más inmundas pasiones y por los ejemplos más desmoralizadores?

Estas zahurdas son los principales proveedores de los burdeles de categoría ínfima y constituyen escuelas del vicio que bajan el nivel moral de las poblaciones que las soportan.

Los perjuicios de índole sanitaria son también innegables: las chozas inmundas son verdaderos focos de pestilencia y contagio, pues enfermedad que adquiera uno de los habitantes de la choza prontamente se propagará a los demás, favorecida por la falta de ventilación, de espacio y de limpieza; y cada uno de estos contagiados se encargará

de transmitir a sus conciudadanos los gérmenes patógenos en paseos, en tranvías, salones de espectáculos, tabernas y demás lugares públicos.

Baste decir que estadísticas recientes que tenemos a la vista demuestran de modo indudable que es más corta la vida media de los individuos que comparten con otros varios la habitación en que duermen y que es mayor el coeficiente de mortalidad en aquellas poblaciones en que existe mayor número de viviendas insalubres.

En cuanto a los peligros de índole social no necesitaremos insistir mucho: los habitantes de chozas como de bohardillas se ven arrojados de sus tristes moradas a lugares menos inhospitalarios y en ellos la vida familiar se convierte en un mito pues sus habitantes no se encuentran y conviven más que los momentos estrictamente necesarios: consecuencias de todo ello es un estado de irritación constante, de perpetuo odio, contra una sociedad, contra un estado, contra unas clases pudientes que se cuidan más de dilapidar sus riquezas que de darlas empleo que al mismo tiempo que a su interés y comodidad favorezca a los humildes, sacándolos de las garras malditas y torturadoras del tugurio infecto.

Comprendiendo la importancia del problema se ha constituido en Francia hace unos meses la «Ligue Nationale contre le taudis» cuyos miembros tienen cotizaciones entre 20 y 1.000 francos anuales, y cuyo domicilio social está en París (rue de les Cases, 5). Al frente de esta nueva cruzada figuran los nombres de los magistrados de la nación, y los representantes de todas las ideas religiosas: el Cardenal Arzobispo de París, el Presidente del Consistorio de las iglesias reformadas de París el gran rabino de Francia y el presi-

dente de la Unión de librepensadores y librecreyentes.

El Ingeniero jefe de los caminos de hierro del Norte de Francia Mr. Dantry decía hace justo un año que Francia tenía dos enemigos: Alemania y las bohardillas, que durante 50 años habían matado el primero millón y medio de franceses y el otro seis veces más.

Y puesto que en combatir el primer enemigo había gastado Francia más de 500 millares de millones de francos, no era mucho que se empleasen cuatro mil millones en hacer desaparecer los bohardillas y tugurios mediante la construcción de 200 mil alojamientos higiénicos.

La solución es esta: una política decidida e implacable de la vivienda que abata los barrios insalubres y al mismo tiempo que produzca un beneficio a las clases pobres que por sus escasos medios económicos solo pueden habitar tugurios infectos, libre a la colectividad de los peligros de indole sanitaria y moral derivados de la existencia de esos verdaderos focos de infección que irradian en su torno la enfermedad y el odio.

Y por su parte las personas pudientes y los grandes patronos pueden también colaborar eficazmente en la resolución del problema: las primeras mediante la construcción de barriadas de viviendas higiénicas, siendo un ejemplo a seguir el de D. Luis Jovez que en Vilasar de Mar ha construido 45 casas higiénicas y ventiladas, destinadas a familias modestas que pagarán un pequeñísimo alquiler y pueden ir amortizando el capital hasta quedar dueñas de los inmuebles; y los segundos mediante la edificación de casas para los obreros que empleen, los cuales rendirán un producto mayor y más perfecto por tener un descanso más completo durante las horas libres y una

mayor adhesión a sus patronos por tenerla a su hogar.

Mariano González-Rothvoss

El Modernismo Social y la Democracia Cristiana

Se ha puesto a la venta este folleto del Sr. Arboleya, dedicado a desenmascarar a los mayores enemigos de nuestros ideales que son los de León XIII y sus insignes sucesores.

Como se recordará el Sr. Arboleya publicó en nuestra revista unos artículos substanciosos sobre tema tan de actualidad como este del Modernismo Social; artículos que fueron muy del agrado de nuestros lectores, muchos de los cuales pidieron a su autor los recopilase en un folleto: amable requerimiento al que no pudo negarse nuestro ilustre Director que los recogió en el lindo folletito que ahora acaba de aparecer.

Divulgar este folleto es evidentemente laborar con éxito por el triunfo de la Democracia Cristiana. Los pedidos pueden hacerse a la Administración de RENOVACIÓN SOCIAL, Marqués de Santa Cruz, 5, Oviedo y a la Librería católica internacional de Luis Gili, Aparado 415, Barcelona.

UNA PESETA el ejemplar.

Asturias Agraria y Social

De viaje

Ha salido para el Havre con objeto de asistir a la Semana Social que tendrá lugar en dicho punto durante los primeros días de Agosto, nuestro queridísimo Director el M. I. Sr. D. Maximiliano Arboleya.

En París se le unirá el maestro Aznar

y juntos seguirán hasta el Havre en cuya Semana Social tomarán parte. Luego se dedicarán al estudio de las diversas obras sociales existentes en el Norte de Francia.

Los lectores de **RENOVACIÓN SOCIAL** saborearán las crónicas que de este grandioso acontecimiento social, han de escribir nuestros distinguidos amigos, a quienes deseamos un felicísimo viaje.

Aprobación

Ha sido aprobado por el Señor Gobernador Civil el Sindicato Agrícola de Rales (Llanes) de reciente fundación.

Sus entusiastas socios se proponen desarrollar la mayor actividad, para que el Sindicato de Rales sea digno émulo de los florecientes que ya existen en aquella hermosa región. Por de pronto van a establecer las Secciones de Compras en común, Seguro del ganado y Caja Rural de ahorros y Préstamos.

La Junta Directiva está formada por los señores siguientes:

Presidente, D. Juan Navaz Erice.

Vicepresidente, D. Enrique Ojeda Balmori,

Secretario, D. Enrique Denis Gastó.

Tesorero, D. Agustín Poo Parres.

Consiliario, D. Tomás Suero Covielles.

Vocales, D. Ramón Carrera Riegas.

id. D. Pedro Peláez Balmori.

id. D. Manuel Sampedro Llaca.

id. D. José Sampedro Carrera.

La redención de los foros

Otra vez tenemos la satisfacción de registrar en las columnas de **RENOVACIÓN SOCIAL** una nueva disposición del Gobierno en materia social que ha de

favorecer los intereses de los labradores asturianos.

Nos referimos al Decreto sobre la redención de los foros, que aunque no colma nuestras aspiraciones por haber puesto el tipo de capitalización demasiado elevado, sin embargo es un nuevo avance en la orientación social del Gobierno que coincide fundamentalmente con el ideario del Programa de nuestra Federación.

Por el susodicho Real Decreto-Ley de la Presidencia del Consejo de Ministros se declaran redimibles todos los foros, subforos, foros frumentarios, rentas en saco, sisas, derechuras, cédulas de planturia y cualesquiera otros gravámenes de análoga naturaleza jurídica sobre bienes inmuebles en las provincias de Galicia, Asturias y León.

El Decreto-Ley lleva la fecha de 25 de Junio del corriente año y trae una disposición final que dice así: «Por el Ministerio de Gracia y Justicia se publicará el correspondiente Reglamento en el plazo de un mes; quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a este Decreto-Ley y se declara disuelta desde esta fecha la Comisión nombrada por R. D. de 25 de Enero de 1925.

Trasmisión de ganados

Por Real orden circular de Gobernación de 25 de Junio (Gaceta del 29) se dispone que todas las transmisiones de ganados sean autorizadas por los respectivos Comandantes de puesto de la Guardia Civil, en cuya demarcación tengan lugar.



Letras sin virtud son perlas en un muladar.—*Cervantes*.